

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 14 DE FEBRERO DE 1932.

NÚMERO 7.

EL OSO TONTO



Un día aconteció que el oso tuvo la suerte de descubrir una de las entradas a la cueva del zorro.

—Olé, se dijo, ahora puedo deshacerme fácilmente de mi enemigo rojo que tanto me fastidia; cierro sencillamente esta entrada con piedras muy grandes y pesadas y el zorro tendrá que

quedarse dentro hasta el fin de sus días.

Dicho y hecho. El oso llevó, trabajó y arrastró las piedras con todas sus fuerzas.

Pero el zorro es un maestro de obras muy listo que procura tener más de una puerta para su casa. Apenas el zorro había terminado a medias su penosa



labor, cuando el zorro ya se había escabullido por una puerta trasera y se puso a atacar al oso.

Poco le valió al oso lanzarle una enorme piedra. Rápido como el viento el zorro se volvió a meter en su casa segura.

Esta vez el oso se fijó en el sitio por donde se había metido el zorro y rabioso se decidió a cavar en la tierra hasta llegar a él.

—Soy fuerte y tengo buenas garras. Cuidadito, amigo rojo, pronto estaré contigo y entonces lo pasarás mal tú y tu hermosa pelleja.

Mientras que el oso se esforzaba, escarbaba y cavaba, introduciéndose cada vez más en la cueva del zorro, éste se escapó por la salida tercera y otra vez se echó encima del viejo, agarró

una estaca que estaba en el suelo y comenzó a pegar de lo lindo en su piel velluda, mientras que gritaba:

—Anda, mira, oso tonto, aquí te doy lo que tú me querías dar a mí. De poco te sirve que tú seas grande y fuerte, si no entiendes lo que llevas entre manos.

Y semejantes palabras con sus correspondientes golpes dados al compás, las fué repitiendo el zorro, hasta que el oso, gruñendo de dolor, hubo conseguido salir de la cueva, andando hacia atrás y al encuentro de los palos.

Avergonzado se marchó, mientras el zorro, débil pero ástuto, estaba sentado en el tejado de su casa y se reía con tan buena gana que tenía que sujetarse la barriga pequeña y siempre hambrienta.



Jesús y los Artistas de Circo

El pastor D. Guillermo Busch, de Essen, refiere el hecho siguiente: Estaba en su despacho, cuando sonó el teléfono: rrrr... Agarré, dice, el auricular: "Señor Pastor, en su distrito está el circo Sarrasani." "Ya lo sé. ¿Qué pasa?" "Que allí ha muerto una americana. Usted tendrá que encargarse del entierro mañana." Se fijó el tiempo y la hora.

Al día siguiente estoy en la capilla del cementerio a la hora señalada. Ahí está el féretro cubierto por una gran bandera americana. Un guarda se acerca: "¿Sabe usted que se trata de una mujer india? La tienda de campaña en la que habitaba en el gran campamento del circo ha prendido fuego y de las quemaduras recibidas se ha muerto." ¡Una india! ¿Será cristiana? ¿Por qué caminos intrincados habrá llegado desde los campos del Canadá a este camposanto de la cuenca minera del Ruhr? Antes de poder ordenar los pensamientos que me acosan oigo tocar la música. Salgo. Ahí viene todo el circo. Un cuadro multicolor. Primero tres charangas abigarradas, después el director, luego los indios de América. A su cabeza marcha el cacique Blackhorn, alto y estirado, detrás van los demás hombres y mujeres de su tribu, arrogantes figuras adornadas con su plumaje de águilas. A éstas sigue una fila interminable, cosacos y tártaros, chinos y japoneses, cabileños y gauchos, negros, bailarinas. Llamaban la atención ante todo una fila de muchachas con

pantalones y botas de montar, con las caras pintarrajeadas y empolvadas. Todos llenaban, charlando ruidosamente, la pequeña capilla del cementerio. Las aperturas eran grandes. Observé cómo las señoritas caballistas se sentaban sobre el alféizar de la ventana, para poder verlo todo desde allí arriba. Entonces el director del circo me presentó al cacique indio. Un cuadro extraño: el pastor evangélico, junto al altar, al que estrecha la mano el cacique indio en plena pintura de guerra.

Pero, ¿qué voy a predicar a esta gente? Desde luego comprendo que esto es un entierro como no lo he conocido en mi vida. No encaja bien en la liturgia de la iglesia. Pero pienso que ya estará bien que a estos comediantes de la legua les diga algo sobre la gran eternidad. Sin embargo, ¿será esto posible?

Algún tanto cohibido me dirijo al director del circo:

—Dígame, esta gente ¿entiende el alemán?

—Quiá, hombre—dice riendo—, sólo muy pocos entienden alemán.

—Bueno, ¿entonces habrá que hablar en inglés?—reliqué.

—Tampoco; el inglés no lo entienden más que unos cuantos. Hay tantos indígenas, que sólo conocen su lengua materna. Esos se entienden conmigo por medio de intérpretes que hablan inglés. Diga usted cualquier cosa. Nadie le comprenderá.

Un gran desaliento se apoderó de mí. Eso sería una burla, decir lo que nadie entiende. Bueno, hablaré a lo menos a los que me entienden. El director del circo y su ayudante y ese y el otro hará

mucho tiempo que no habrán estado en una iglesia. Les diré a ellos alguna palabra sobre la eternidad.

Leo un texto de la Biblia y pronuncio algunas frases. El público está terriblemente inquieto. Las muchachas allá arriba se entretienen con espejillos, carmín y brocha. No se lo puedo tomar a mal, pues debe ser muy aburrido, cuando no se entiende la lengua.

Hablo de la triste suerte de esta mujer india que anduvo sin patria por el mundo y encuentra su tumba en tierra extraña. Todos vosotros sois gente sin patria también; pero a vosotros quisiera daros las buenas nuevas que la patria eterna ha venido a nosotros, por haber venido y estar con nosotros Jesucristo, el Hijo de Dios. Quería seguir diciendo: Nuestra alma ha llegado a su hogar cuando ha venido a Jesús. Pero entonces ocurrió algo muy extraño.

Al pronunciar por primera vez el nombre de Jesús, era como si pasara por toda la reunión una sacudida eléctrica. Por fin, una palabra que todos podían entender. Y al escuchar esta palabra todos prestaron atención. Pero en seguida noté: no era sólo porque esta palabra era conocida de todos. El nombre de "Jesús" ejercía un poder extraño. Los indios hacían reverencias como ante un gran cacique, los asiáticos, inquietos, quedaron mudos. Los rusos me miraban con ojos desmesuradamente abiertos. De repente yo había encontrado mi discurso fúnebre. No podía ser ya otra cosa que una sola palabra: este gran nombre de "Jesús". Es el nombre del que dice la palabra de Dios: "En ningún otro hay salud, ni

hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en el que podamos ser salvos". (Hechos 4,12.)

Así pronunciaba una frase tras otra. Creo que eran frases muy tontas. No me importaba más que el poderoso y bendito nombre de "Jesús". Una y otra vez se inclinaban los indios. Un silencio absoluto reinaba en la asamblea. Mis ojos iban hacia las jóvenes ligeras de cascos, cuya superficialidad antes me había entristecido. Han desaparecido el carmín y los espejos. A una le corren unos lagrimones por la cara. Otra sostiene meditabunda la cabeza entre las manos. ¿Irán sus pensamientos a una juventud pura e inocente, cuando en alguna escuela dominical oyeron este nombre por primera vez?

Y mientras seguía proclamando el nombre de Jesús, y todos estos hombres de las partes más diferentes del mundo callaban ante El, me parecía sentir ya algo de aquéllo que al fin será: "Que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra y que toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios padre." (Filip. 2,10.11.)

UN CHISTE

Un preso, después de salir de la cárcel, pisa un mixto que había en la acera.

—¿Ocurriría un destrozo muy grande?

—Claro, ¡como que chocaba el expreso con el mixto!